

Feliz año difícil

LA VANGUARDIA, Editorial, 1.01.09

EL nuevo año empieza con la certeza de que la economía de Occidente sufrirá los efectos de una recesión global, la peor que se produce desde la Segunda Guerra Mundial en términos de retroceso del producto interior bruto, que puede ser superior al uno por ciento, tanto en Estados Unidos como en Japón y en Europa. La gran ventaja es que el nivel de riqueza de hoy es muy superior al de entonces y, por tanto, hay más capacidad y medios para hacer frente a esta difícil situación y recuperar de nuevo el crecimiento económico en un futuro cercano, que muchos sitúan en el 2010, aunque el problema de fondo sigue siendo la crisis financiera. Las bolsas han anticipado en el 2008 ese negro panorama con caídas históricas, del orden del 40%. Un crac en toda regla.

El descenso de los tipos de interés en Estados Unidos, que los ha bajado prácticamente hasta cero, y en la Unión Europea, donde probablemente quedarán en el 2% o incluso por debajo de esa cifra, constituye un estímulo importante para reducir endeudamiento y para reanimar la inversión y el consumo. Igualmente importantes deberían ser los millonarios planes de inversión pública anunciados en la mayoría de los países. También es decisivo para el objetivo de reactivar la economía el drástico descenso que se ha producido en el precio de las materias primas y del petróleo. El barril de crudo ha pasado desde los más de 140 dólares de hace un año a situarse por debajo de los 40 dólares. El ahorro que ello supone deberá liberar ingentes cantidades de dinero para inversión y consumo.

Todos los ojos están puestos en la primera economía del planeta. La gran esperanza, en este sentido, está en el ambicioso plan anunciado por el presidente electo de Estados Unidos, Barack Obama, para movilizar una ingente cantidad de recursos públicos que deberán permitir la creación de dos millones y medio de puestos de trabajo, en una acción gubernamental sin precedentes desde los años del new deal, en la gran depresión que sufrió ese país en la década de los años treinta del siglo pasado. Japón también prepara una intensa acción en este sentido. En Europa, en cambio, hay dudas de que el nivel de inversión pública comprometido en la última cumbre, cifrado en el 1,5% del producto interior bruto de cada país comunitario, pueda ser suficiente. El Fondo Monetario Internacional considera que ese impulso presupuestario debería duplicarse. Y Alemania ya se plantea hacer un esfuerzo superior.

El gran problema que afronta el mundo, sin embargo, es que la crisis financiera, que está en el origen de la actual recesión, todavía no se ha resuelto. Los gobiernos han logrado evitar el pánico y mantener el sistema bancario a flote, sobre la base de garantizar el sostenimiento de cualquier entidad que pudiera entrar en crisis. Esta ha sido, sin duda, la gran decisión del año 2008, coordinada internacionalmente, que ha evitado la catástrofe y que ha apuntalado el sistema financiero.

Pero, pese a las ingentes cantidades de dinero inyectadas a la banca en los últimos meses, no se ha logrado todavía restaurar la normalidad en el mercado interbancario internacional y que el crédito vuelva a fluir en cantidad suficiente hacia empresas y familias. Y mientras eso no suceda, mientras el dinero no vuelva a circular con normalidad por el sistema, no habrá garantías reales de que se pueda superar la recesión.

Existe el riesgo real de que la economía entre en una profunda depresión si el colapso del crédito no se resuelve. Tanto el presidente del Banco Central Europeo como el de la Reserva Federal han expresado su preocupación en este sentido. Las autoridades económicas y financieras deben buscar una solución urgente a este problema, una solución que no puede esperar a la cumbre internacional convocada en abril para reformar el sistema financiero internacional.

En España, el Gobierno ha puesto a disposición de la banca avales por valor de 250.000 millones de euros, ha inyectado 80.000 millones en el Instituto de Crédito Oficial (ICO) para las pequeñas y medianas empresas (pymes) y ha anunciado un plan de inversión de 33.000 millones en obras públicas. Con todo ello espera poder reanimar la actividad y frenar el intenso aumento del desempleo que se espera para este año, que podría ser superior a los más de 800.000 nuevos parados del 2008. Pero lograrlo exige la plena efectividad de las ayudas a la banca y la máxima celeridad en la ejecución de las obra públicas, un reto que pondrá a prueba la capacidad de gestión del Gobierno.